ULTIMA ADVERTENCIA

por Carlos Baltés

Estoy en mi despacho y miro por la ventana hacia la lejanía. Hoy ha amanecido un día claro y sereno, las crudas temperaturas del invierno parecen haberse alejado fantásticamente por fin.
La suavidad del ambiente contrasta de forma violenta con mi borrascoso estado de ánimo. Soy todavía relativamente joven pero mi semblante está lleno de arrugas y de pesares. Hay algo que me atormenta y quiero en este día sereno dejar en las páginas siguientes el relato de la increíble historia que he tenido, desgraciadamente, que vivir, que aún ignoro cómo concluirá.

I

Todo comenzó hace ahora doce años. Había terminado mis estudios en la Universidad Central y me disponía a encontrar un trabajo en donde desarrollar mis conocimientos. Por aquella época todo era ilusión y expectativas brillantes. El porvenir se presentaba lleno de dulces posibilidades y mi carácter se manifestaba con toda la fuerza de mi juventud. En una sosegada sobremesa de aquellos tiempos manteníamos una interesante conversación mis padres, mi hermana menor y el tío Joan que había venido aquel día a almorzar con nosotros. La conversación tenía un carácter general y los temas tratados era diversos. Hablamos también de proyectos, mis padres con orgullo comentaron al tío Joan los planes que tenían sobre mí. «Su preparación y su inteligencia le permitirán alcanzar un puesto prominente en el mundo de la medicina», decía mi padre refiriéndose a mí. El tío Joan asentía ante esta posibilidad y me auguraba también un brillante provenir.
–Pero hablando de proyectos –comentó mi tío–, yo también tengo los míos particulares. Mis superiores han decidido que abandone el país y me dedique a proseguir mis estudios y mis enseñanzas en Egipto, en la Universidad que mantenemos en Alejandría. Desgraciadamente me debo a la obediencia y no puedo negarme.
Nos quedamos en suspenso y sorprendidos. Nuestro cariño por el hermano de mi madre era muy grande, todos le queríamos especialmente y nuestro amor era correspondido por él de la misma manera. Sus buenos consejos, sus conversaciones, aparecían ante mí como bienes preciados que se alejaban para siempre. Inquirimos los detalles de su traslado. Se iba a Egipto por tiempo sin determinar y siendo su especialidad la Historia Antigua, sus investigaciones tendrían un campo más apropiado en la antigua Alejandría. ¡No había remedio! Nos quedábamos sin nuestro

inteligente, bondadoso y querido tío.
–Partiré dentro de un mes, aunque sólo hace una semana que conozco mi nuevo destino, pero ya sabéis que un sacerdote, un religioso, se debe a Dios y a las órdenes de sus superiores. La compañía ha decidido mi salida hacia la tierra de los antiguos faraones.

II

El tiempo pasó. Yo me dediqué con todas mis fuerzas al ejercicio de mi profesión. Tuve que ausentarme de Vertoria durante tres años por razones de obtener la residencia. Cuando finalizó aquélla me dispuse a conseguir una plaza en algún hospital de la ciudad, aunque, infructuosamente al principio, al cabo de unos meses conseguí un puesto de médico de guardia en el Gran Hospital. Bien, no era gran cosa, pero podía servir para ir preparando mi consulta particular y acceder a un puesto de jefe clínico poco a poco. Las expectativas brillantes de cuando terminé la carrera volvían de nuevo. «Dentro de poco seré un médico de reconocido prestigio», me decía en consolación.
Sin embargo, el tiempo pasó y apenas conseguí salir de mi situación de médico de guardia en el hospital; por otra parte, la consulta que había montado había fracasado estrepitosamente por falta total de enfermos. Al principio, los atisbos de mi fracaso apenas tenían consistencia, sin embargo, la sensación de fracaso real fue creciendo con el paso de los años. Ya tenía treinta años y seguía en mi puesto de guardia en el hospital. Sólo tenía una ventaja en aquella desdichada situación: el largo tiempo libre disponible. Este tiempo me permitió aburrirme, leer y llenarme de todo tipo de manías. Me hice observador y un profundo analista de los sentimientos humanos. Sin embargo la realidad era que me había quedado sin expectativas y mis brillantes potencialidades se habían reducido a la nada; estas circunstancias me dolían cruelmente. Por otra parte, mi padre había muerto y mi hermana se había casado. Arrastraba, pues, una existencia lánguida y solitaria junto a mi madre.
Mi vida transcurría de esta manera tediosa y aburrida, encontrándome ya próximo a la desesperación, cuando recibimos una carta del tío Joan, el sacerote hermano de mi madre. Nos anunciaba su próxima llegada, estaría en Vertoria el futuro mes de septiembre.

III

La perspectiva del encuentro con el tío Joan me agradaba sobremanera, pues volvían a mí los recuerdos de bondad y buenos consejos siempre presentes con él. Su llegada, estaba seguro, me serviría de gran alivio.
En la fecha indicada apareció en Vertoria. Se presentó un día en casa a la hora de la sobremesa, en un momento semejante al que hace ocho años atrás sirvió para despedirse de nosotros.
Volvía el tío Joan como siempre, aunque no era «totalmente» el mismo.

Esta ridícula sensación me surgió nada más de verle, a mí que presumía de penetrar en las personas con sólo una mirada. Estaba igual que cuando se fue, más joven si cabe y eso que tenía cincuenta y cinco años cuando emprendió el viaje. Tan inteligente y ameno como siempre, nos hizo una descripción de cómo había pasado aquellos ocho años en Alejandría. Estaba muy satisfecho de sus investigaciones y del tiempo pasado en aquel país. Sus superiores, sin embargo, habían decidido su vuelta al país y de nuevo se encontraba entre nosotros. Hablamos de muchas cosas, contándonos mutuamente lo que había ocurrido de notable desde nuestra separación. En aquella conversación noté que mi tío no había cambiado apenas. Sólo dos cosas me llamaron la atención: su extraordinaria vitalidad se mantenía intacta, y la otra cuestión se refería a que la antigua bondad de sus ojos había desaparecido.

A partir del momento de nuestro reencuentro nos vimos algunas veces de forma esporádica. Aquel otoño fue lluvioso y desapacible. Mi tío vivía en su residencia y yo iba a visitarle allí, o bien él venía a veces a casa. Los insignificantes cambios que yo notaba eran inapreciables para mi madre, que seguía viendo en su hermano a la misma persona de siempre.

Mi tío pensaba pasar en nuestro país una larga temporada de descanso sin tiempo definido. En las conversaciones que manteníamos, le conté cómo se habían esfumado mis ilusiones profesionales a lo largo de los últimos años. El escuchaba con atención, lamentándolo. «Ten paciencia, tú eres un hombre inteligente y acabarás triunfando, a veces el éxito parece esconderse y todo derrumbarse a tu alrededor, pero, sin embargo, en un momento dado, casi de manera incomprensible, surge al alcance de nuestras manos lo que tanto hemos ambicionado; ten paciencia, te repito». Me miró intensamente a los ojos de una manera que sentí miedo.

–Pronto verás cómo cambia tu suerte –me dijo al mismo tiempo que me miraba de aquella forma.

A la semana siguiente se produjo una vacante de jefe clínico en el hospital donde yo trabajaba. El director, reconociendo mi esfuerzo callado durante todos aquellos años entendía que yo era la persona apropiada para ocuparla. Fui nombrado jefe clínico, lloviéndome felicitaciones por todos los sitios. Alcanzaba el puesto bastante joven, mucho antes que la mayoría de los otros médicos.

Empecé mi nuevo trabajo en donde pude desarrollar todo lo que había aprendido silenciosamente en años anteriores. Me estaba convirtiendo en un gran psiquiatra reconocido por todos. Mi preparación y mi energía incrementada por la confianza en mí mismo me estaban posibilitando éxitos notorios e importantes en el hospital. La antigua idea de montar mi consulta particular surgía en mí de nuevo con insistencia.

Los éxitos profesionales se sucedían y, por fin, tenía ya mi propia consulta. Además comenzaba a hablarse de mí, por mi prestigio, como el futuro director del Gran Hospital.

Habían transcurrido dos años desde aquella conversación otoñal con mi tío Joan, cuando éste vino a casa a almorzar en reunión de otros convidados. En un aparte me miró y me dijo:

–¿No ves?, hay que tener paciencia. El éxito puede venir en cualquier momento–. A continuación empezó a reír y reír. Yo recibí una insoportable sensación de desagrado, cosa que notó él y por lo que luego pidió

disculpas.

Transcurrieron algunos meses y un día recibí una carta de Salterio, pueblo próximo a la capital, donde mi tío tenía una pequeña finca con una casa muy antigua, propiedad de la familia desde siempre, finca que con el tiempo, lógicamente, vendría a mí. En la carta me pedía que sin tardanza fuera a verle. Yo me quería tomar unas cortas vacaciones y accedí gustoso a su invitación. Le señalé el momento de mi llegada para una semana después.

IV

Mi tío había abandonado decididamente su residencia en nuestra ciudad y con el permiso de sus superiores había resuelto instalarse en el campo una temporada. Allá viviría solo, con unos guardeses que tenían su alojamiento separado de la casa. Llegué en mi coche un atardecer a finales de invierno. El día estaba sereno y no hacía demasiado frío. Me revivió el tío Joan casi completamente a oscuras, pues el salón en donde se encontraba estaba iluminado únicamente por la luz difusa del atardecer y por el fuego que ardía en la chimenea.

Entonces sí tuve conciencia de que había cambiado. Aún poseyendo la misma fortaleza de siempre se mostraba pesaroso y desasosegado. Su sotana estaba sucia y muy arrugada. Realmente aquel sacerdote pulcro y elegante que fue, había desaparecido.

Se movía lentamente, dejando arrastrar los pies con pesadez. Su alta figura, con aquella sotana desvaída, desprendía una sensación de abandono y de malignidad. Sentí perversidad en todo lo que me rodeaba.

Me dijo que no iba a cenar aquella noche y que, estando cansado, se acostaría temprano. Al día siguiente ya podríamos hablar.

Cené solo y me fui a mi cuarto. Una inmensa sensación de opresión y pesadilla empezaba a apoderarse de mí, pero sobre todo me inundó la sospecha de una presencia extraña y diabólica en la casa, que se manifestaba con toda su fuerza y que me estaba llevando al terror más enloquecedor, un terror persistente, hueco y silencioso.

A la mañana siguiente me encontré con mi tío que me estaba esperando. Su actitud era la misma que la noche anterior. Después de algunas trivialidades comentadas durante el desayuno, comenzó a relatarme una historia que se remontaba a los primeros años de su estancia en Egipto. Me contó que por una serie de enloquecedoras vicisitudes bajó a los infiernos de un culto diabólico que transformó su vida apoderándose de él, y apoderándose cada vez con mayor fuerza.

–En estos momentos estoy haciendo un esfuerzo inmenso para poder hablar contigo –me dijo– porque «El» está aquí… En cualquier momento –prosiguió– puedo quedar en sus manos para siempre, para toda la eternidad…

En ese momento sufrió una convulsión y quedó desmayado. Pasó una media hora hasta que volvió en sí. Su vos había cambiado, tenía una tonalidad cavernosa y noté, entonces, que en la habitación hacía mucho frío.

–¡Imbécil! ¡Qué te has creído! –dijo mientras sus ojos se tornaban verdosos– ¿Por qué crees que has obtenido tu éxito? Por mí –gritó–. Yo te he sacado del pozo en que te encontrabas, y me debes desde ahora sumisión y obediencia.

Aquella no era la cara de mi tío, aunque sí, era la suya pero transformada horriblemente. Intenté tranquilizarle, serenarle. Le di un sedante y pareció sumergirse en un gran sopor.

Así transcurrió el día, sin hablar ni moverse. Por la tarde fui al pueblo cercano a realizar algunas compras. Cuando volví, mi tío había desaparecido del salón en donde le dejé. Subí a su habitación y al ponerme delante de la puerta ésta se abrió sola, dando un terrible portazo. Entré, estaba silencioso. Volvió las exigencias de sumisión y obediencia, con inquina y aspereza; tenía que hacer cuanto él quisiera. El no daba las cosas en vano… Pensé que se estaba volviendo loco. De nuevo sentí en todo mi cuerpo el frío intenso que hacía en la casa. Le administré un sedante y pareció tranquilizarse. Sus ojos tuvieron por un momento la expresión de su antigua bondad. Su cara recobró la actitud habitual, la de siempre. Noté que de sus ojos caían lágrimas. «¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué lo hice? ¿Por qué emprendía aquella alocada carrera que me llevó a los infiernos?» Se quedó tranquilo y yo reconfortado al ver a mío volver en sí, me fui a mi cuarto esperando que al día siguiente todo hubiera pasado…

Me disponía a acostarme cuando de repente oí unas burlonas carcajadas que me helaron la sangre. Salí disparado hacia la puerta, pero ésta estaba herméticamente cerrada. Mi habitación se había convertido en un a trampa, como una inmensa nevera. Los muebles empezaron a moverse por la estancia golpeándome, mientras un viento frío soplaba a mi alrededor. La puerta se abrió en ese instante, de repente y sola. Se hizo un inmenso silencio. Corría a la habitación de tío Joan, mi querido tío, el sacerdote de Dios, abría la puerta y allí estaba él con su sotana sucia y desviada, de espaldas a la puerta.

–¡Tío! ¡Tío! –llamé, sin obtener respuesta.

De repente la cabeza de mi tío giró sobre sus hombros noventa grados ¡y sin mover el resto de su cuerpo! Empezó a reírse y reírse… Sus ojos se transformaron en fuegos verdes y amarillentos. Me escupió un líquido negro nauseabundo y oí voces horrendas que rezaban un extraño rosario. No podía más y huí despavorido. Bajé las escaleras y al llegar a la puerta de entrada comprobé que no la podía abrir. Sin vacilar ni un momento me tiré por una ventana, rompiendo los cristales y haciéndome sangre en la cabeza y en los brazos.

Las llaves del coche estaban puestas en el contacto, arranqué a toda velocidad y durante el tiempo que siguió hasta abandonar los límites de la finca, seguí escuchando aquel extraño rezo siseante, aquellos murmullos de locura y malignidad…

V

Meses después recibimos una carta de los guardeses en donde nos

comunicaban que mí tío había fallecido de una extraña enfermedad que le había corroído todo el cuerpo. El médico del pueblo diagnosticó una enfermedad que los guardeses no me supieron transmitir.

Pasé yo a ser poseedor de la finca mediante las estipulaciones de un testamento otorgado hace más de veinte años, muchos años antes de la estancia de mi tío en Alejandría.

Jamás pienso pisar aquella finca y he dado orden a un corredor de que me la venda al precio que sea.

Han pasado dos años de los terribles acontecimientos que acaecieron cuando visité en la finca al tío Joan. Todo se ha ido desarrollando con normalidad. Mi carrera profesional se ha desenvuelto con pleno éxito. Soy ya director del Gran Hospital y mi prestigio crece día a día, pero tengo que decir que cada triunfo que alcanzo, supone una pesadilla para mí. Cualquier cosa que consigo brillantemente me hace quedarme en suspenso y expectante, porque yo sé, porque yo supongo lo que puede haber detrás de cada triunfo…

La sensación de que una diabólica realidad me acompaña me tiene sobrecogido y la vida se va volviendo poco a poco una espantosa tortura para mí. Cada día tengo mayores muestras de una malignidad cercana, que me cobija, oigo el extraño «ronroneo» de rezos de locura que martillean en mis oídos y me doy cuenta también de que la habitación se esta quedando muy fría… presiento que ya está aquí…